

Bogotá Jun I (14) 15 May 1850

quimera el día de hoy; porque no estamos como en el siglo 16; eso; tiempos pasaron. Las sociedades modernas ya no son como las antiguas; ahora reina una perfecta tolerancia en todos; no han quedado intolerantes sino los ateos; ellos son los únicos que en el siglo de la libertad inquietan a los hombres por sus creencias; ellos son los que nos inquietan a nosotros al presente porque, es preciso decirlo en alta voz para que todos lo oigan, *estos que nos vienen ahora hablando de Jesucristo por conducto de Lutero, no son luteranos, ni son nada en punto a religión.* No son sino ateos materialistas que, empeñados en reducirnos al estado de la naturaleza salvaje, pretenden en primer lugar separar a los pueblos de la Iglesia católica por medio de un cisma que ya está bien preparado. Logrado este paso el camino es más llano para llegar al ateísmo que es lo que en realidad se quiere; porque cuando los hombres han dejado una religión para tomar otra, con más facilidad dejan esta para no tener ninguna.

¿No es cosa bien extraña que cuando a los mismos protestantes no causan cuidado los Jesuitas en sus estados bajo el punto de vista religioso, les vengan a causar tanto a los escritores del ministerio de una nación católica? ¿Tendrán más cuidado por los principios de Lutero: los escritores que los mismos Luteranos? Esto es ridículo. Estas jentes están locas.

Pero no es tan ridículo el que estos escritores pretendan saber más lo que conviene a los protestantes que los mismos protestantes; lo más miserable i ridículo es que pretendan saber más de *libertad i democracia* que los hijos de Washington. Sin duda, que los Norteamericanos entienden más de República que nosotros, i a los Norte-americanos no inspiran cuidado alguno los Jesuitas por la libertad. En esa tierra afortunada es en donde los Jesuitas gozan de más seguridad, de más libertad; i no solo, sino que gozan del aprecio de los hombres prominentes, siendo reputados como los mejores profesores de enseñanza. Lo ha testificado Mr. Buchanan Secretario de Estado en 1848.

¡Feliz tierra donde los principios liberales son ciertos; donde las garantías no son engaño; donde el hombre de bien puede vivir tranquilo sobre el testimonio de su conciencia bajo la palabra de la ley!

jilante labrador? ¡Qué ventajas tan inestimables se reportan cuando se disponen con inteligencia los elementos preparados por la naturaleza! Ved ese magnífico castillo, memoria de remotos siglos, cuyo espeso musgo cubre los monumentos, i forma sobre su fachada una especie de barba majestuosa, que cual digno ornamento de la vejez, parece de lejos que representa la barba que cubrirá el rostro estenuado de un patriarca venerable. ¡Cuántas veces se ha oído bajo sus bóvedas i encima de sus pórticos el silbo de los vientos; precursoros de la tormenta! ¡Cuántas veces el trueno retumbante ha circulado sobre su cabeza! ¡Cuántas veces el rayo acaso más terrible de las batallas, ha ido a estallar, vomitando fuego i muerte al pie de su recinto, sobre sus puentes levadizos i sobre sus murallas todas! I, sin embargo, él siempre está ahí, siempre conserva su puesto, como en su edad primera; sus columnas, que se pierden de vista, permanecen siempre derechas; sus paredes apenas hendidas siempre de pie, i sus antiguas torres, inmuebles siempre. Si pretendéis explicarnos el milagro de esta bella vejez, penetrad a los sótanos, o mejor dicho, a los catacumbas de ese hermoso monumento, i ved si no ha sido un ojo inteligente el que dirigió los trabajos de los cimientos, i una robusta mano de albañil la que les afirmó para que desafiaren a los siglos. Cualquiera comprende en estas diversas comparaciones, de cuanta importancia son para el hombre las semillas de las virtudes, los fundamentos de la vida moral, quiero decir, los hábitos contraídos al principio de la carrera.

Contemplando ese rápido torbellino que arrastra al hombre a un movimiento continuo, en mil direcciones opuestas, podría pensarse a primera vista, que influido por tantas i tan diversas causas, i semejante a un mar tempestuoso cuyas olas creciendo sin cesar, ceden a todos los caprichos de los vientos, la vida humana es un caos que se escapa al ojo experimentado del observador; i sin embargo no es así. Sea bueno o perverso, grande o vulgar, todo hombre está sometido, casi exclusivamente, a la acción de dos o tres móviles, de dos o tres pasiones o hábitos que dominan los actos principales de su existencia. Todo en la creación tiende a la unidad; todo, en el orden físico i moral, sigue, i crece recorriendo un círculo conforme a la naturaleza de sus primeros desarrollos. El hombre entre todos los seres, es el que menos posee la facultad de sustraerse a esas reglas supremas del plan general de la Providencia; él sin duda es libre, pero es necesario que obré dentro de los límites de su poder i conformándose a las leyes imperiosas de su naturaleza. Así es que, aun cuando al nacer traiga el jermen de todas las virtudes i el de todos los vicios, como su corazón no puede aficionar a todo, buscando la felicidad, fija sus miradas sobre uno o dos objetos que embelesan su alma; i si piensa hallar en ellos algo que contente sus deseos, sus inclinaciones le arrastran con violencia a esos bienes reales o imaginarios; su voluntad da la señal a todas las potencias del alma para que cuanto antes se apoderen de esos objetos. De ahí los pensamientos continuos, los actos sin cesar repetidos, por medio de los cuales se remata en tener una fuerte aptitud, una irresistible atracción i se forma una segunda naturaleza; de ahí en fin los hábitos. Pues, en la edad juvenil es que se forman esas cadenas que más tarde no se pueden romper i que desenvolviéndose día por día, pronto enlazan, al mismo tiempo, todos los elementos de nuestra doble substancia, i todas las partes de nuestra vida. ¿Quién no conoce los oráculos de la sabiduría eterna? *El mozo seguirá el camino en que hubiere entrado i no lo abandonará, ni aun en los años de su vejez.* (1) *Los huesos del viejo se levantan de los vicios de su mocedad, i con él irán a dormir en el polvo del sepulcro.* (2) *El árbol permanecerá del*

1937

VARIEDADES.

Importancia de la educación en el Siglo 19.

IV.

DE LOS HABITOS.

¡Qué espectáculo tan pasmoso para todo el que gusta dirigir sus ojos sobre las bellezas antiguas i siempre nuevas de la naturaleza! Mis miradas se fijan sobre esa vasta campiña en donde parece que la tierra ha prodigado todos sus tesoros i el cielo esparcido su benéfico rocío. Allí se encorvan los tallos bajo el peso de las espigas que levantándose en haces dorados, prometen la abundancia; mas allá lindos arbustos, crecen a vista de ojos, i se anuncian dignos rivales de sus primojénitos que, habiendo llegado ya a la virilidad, ostentan, justamente orgullosos, sus nervudas ramas, oprimidas bajo el peso de tantos frutos; por todas partes una vegetación rica, variada, hermosa, llena de gala i de frescura; por todas partes un perfume que embelesa, nuevos jermenes que se desarrollan, flores deliciosas que abren su cáliz con amor. Mas, si nosotros queremos raciocinar nuestra admiración e inquirir las causas de estas maravillas de la naturaleza, después de haber rendido alabanzas al autor de todo bien, no deberemos descubrir las en la fuerza i actividad de esas semillas que, confiadas a esa tierra bendecida del cielo, han sido regadas i cultivadas con esquisito esmero por un hábil i vi-

(1) Proverb. cap. 22 v 26. (2) Job, cap. 20 v 11.

276

lado a que hubiere caído. ¿Lo que no acopiaste en tu mocedad como lo hallarás en tu vejez? (3) Hijo, desde tu niñez recibe la doctrina i hasta que esté tu cabeza encanecida, conservarás la sabiduría. (4) El vicio que se ha dejado crecer en los años risueños de la primavera, es como la serpiente con la que se hubiere jugado -mientras era joven todavía i que uno le hubiere dado abrigo dentro de su misma casa, la cual en el momento ménos esperado, dará la muerte a su huésped imprudente. ¡Ah! a cuantos hombres puede aplicarse esta comparación! Cuando están elevados en los mas eminentes empleos, brillan con el esplendor que despide sobre su nombre la reputación de su familia; pero de repente una acción deshonrosa que ejecutan, se presenta a desmentir esas bellas apariencias i a revelar la fuerza omnipotente de una inclinación que no se reprimió, de un hábito a que no se ha querido renunciar del todo conservando algunos restos de él. El vencedor del Asia divinizado en los ojos de la tierra por el jéuio, la victoria i la adulación, Alejandro, queda vencido por sus pasiones i espira en el seno de la erápula i del desórden. Alcibíades lo eria el persuasivo Pericles; el ambicioso político descuida la educación de su alumno, i el hijo de Climas abandonado a vergonzosas pasiones, ofrece el espectáculo de un talento envilecido, de una bella inteligencia eclipsada por los vicios, e inspira al propio tiempo entusiasmo i horror. Triste cumplimiento de aquella verdad que la misma antigüedad pagana proclamó por boca de sus poetas i de sus filósofos (5) "El mas bello natural, si no es arreglado por la educación, presto lo desfigurán los mas grandes vicios; una sabia cultura afirma el corazon en el bien. Una vasija conserva siempre el olor del líquido que en ella se echó primero—¿De que sirve la medicina que administráis, cuando el mal, a causa de vuestras eternas dilaciones, ha tomado ya tan fatal incremento, i cuando estiendo sus estragos sobre todas las partes del cuerpo?"—"Convienes recordar, dice Fenelon, que en la edad infantil, no deben deramarse sobre los espíritus, sino cosas esquisitas, sino lo que se desea ver en ellos toda la vida; las primeras imágenes, grabadas mientras que el cerebro todavía está blando i cuando aun nada se ha escrito en él, son las mas profundas." En corroboración de esta máxima, ¿quién no ha oído repetir mil veces esa verdad tan tristemente confirmada por la esperiencia: "Ya está muy viejo para mudar de conducta, es un humor, impio, dado al vino, pero ya no puede convertirse porque es muy viejo?" i de esta manera se proclama en todas partes la fuerza invencible de los primeros hábitos i de las malas inclinaciones que no se han sabido domar. Por todas partes se representan como una segunda esencia del alma, como una vieja levadura esparecida en todas las partes del ser físico i moral, como un arroyo cuya corriente no se puede detener.

Es una especie de segundo pecado orijinal que imprime su marca hasta la medula de los huesos, que deposita en los mas íntimos pliegues del corazon un fondo de corrupcion; que degrada todas las facultades, debilita las luces de la razon, enerva la voluntad, encallece la conciencia por medio de una remiñencia habitual de los actos viciosos, ahoga el instinto moral por la sed de los placeres, i remata por abrir las puertas del alma a las pasiones todas.

Véase pues, cuanta es la importancia de que los padres i todos los que presiden los destinos de la juventud, consideren seriamente sobre un punto tan decisivo para la educación, i den por base a sus operaciones, esos primeros fundamentos que se llaman buenos hábitos... [Cuánto zelo, unido a sinceras i profundas convicciones, necesitan para acertar en este trabajo que ha de hacer brotar la felicidad o la desdicha de las nuevas generaciones! Pero en tan

difícil tarea, ¿quién alcanzará mejor suceso, los que indiferentes especulativos o prácticos en materia de relijion, no contemplan en los hijos adoptivos que se les ha confiado, mas que jóvenes a quienes es preciso preparar para la vida del mundo, formarlos en el espíritu de la época, disponerlos para un destino honorífico en la sociedad, o aquellos que considerando en estos mismos mancebos almas hechas a Imájen de Dios, destinadas a ser eternamente infelices q a ser eternamente gloriosas, recuerdan continuamente que deben dar cuenta a Dios i a los hombres, al cielo i a la tierra, a la Iglesia i a la patria, de tan precioso depósito, se entregan a la enerjía de su caridad, i por medio de la mas completa consagración se esfuerzan en hacer capaces por un solo mérito a sus queridos alumnos, de adquirir la felicidad i gloria que tienen que esperar en el curso de la vida presente i en el órden de sus destinos eternos?... Aquí la respuesta es tanto mas obvia, cuanto que los primeros hábitos en que debe formarse la juventud i que deben mirarse como los primeros elementos de toda buena educación, son los hábitos prácticos de la relijion, aquellas costumbres tan saludables de la piedad cristiana.

Existe un gran principio de error, principio que importa mucho denunciar en las circunstancias actuales, en que se ha hecho tan comun entre personas católicas i que tienen la persuasión de que dan o hacen dar a sus hijos una educación cristiana. No habiéndose formado nunca una verdadera idea de la doctrina que tienen la fortuna de profesar, ellas no quieren ver, u obran como si no vieran en el cristianismo, una profesion, un estado práctico i de consecuencia, que impone, como cualquier otro i mas que cualquiera otro, obligaciones graves i cotidianas. Todo el mundo comprende que para poner a sus hijos en capacidad de que recorran con buen suceso la carrera de la magistratura, de las armas o de la medicina, es indispensable prepararlos por medio de conocimientos especiales, por una continua repetición de ejercicios particulares, i por una especie de noviciado que los haga dignos de desempeñar los empleos a que conducen esas diversas vocaciones. Pero ¿trátase de relijion? En verdad que se la mira como un objeto vago que para nada o casi para nada conduce en la vida, de la cual se puede tomar lo que se quiere, persuadiéndose que aprovechan de ella lo bastante, conformándose de cualquier modo a sus instrucciones. Parece que ni aun se advierte que para formar un cristiano, ademas del conjunto de lecciones i ejemplos de los padres i maestros, debe formarse en el jóven una nueva naturaleza con la substancia de los buenos hábitos de espíritu, de corazon i de accion, necesarios para la regularidad de una vida que verdaderamente esté en armonía con el cristianismo. Los que con mas anhelo averiguan los progresos de un niño en sus estudios, se dan por satisfechos con insignificantes apariencias de piedad, a los que a veces recurre para encubrir secretos i vergonzosos desórdenes. No se curan de indagar ¿si su razon comienza a desenvolverse i a fortalecerse a la luz de esa ciencia divina, en cuya comparación son de tan poca estima las demas, que dá a la conducta del hombre una direccion fija, inmutable, eficaz para los bienes i goces de un órden superior, para un porvenir que depende enteramente del buen uso de la vida presente, o si por el contrario, su fe ha recibido heridas que penetren hasta su corazon? ¿si se cultivan con esmero las nobles inclinaciones de su natural, si se le inspiran los dulces i puros sentimientos de la caridad cristiana, i si por la digna recepción de los sacramentos, ha tenido la dicha de ser iniciado en los secretos de la vida divina, de la cual debe vivir en la inmortal sociedad de los escogidos? ¿si se le enseña ese grande arte, al que hasta los mismos paganos daban tanta importancia, el arte de moderar sus deseos, de mortificar sus apetitos, de recojerse i de dominar sus pasiones; o si ha tenido la desdicha de perder el mas bello ornamento de

3 Ecl. cap. 25. v. 5.

4 Ecl. cap. 6. v. 18.

5 Hora. lib. ad. IV. V. lib. 4 Epist. 2.

de sus primeros años, la inocencia; si una lectura funesta, si una compañía peligrosa ha inoculado en su alma ese mortal veneno que puede arrebatarse dentro de pocos días todos sus atractivos?.... No se afanan ni se inquietan, ni se angustian para resolver estas cuestiones. Sin embargo de que no pueden ignorar que el campo del padre de familia está falado, que el siglo está embriagado de errores y de vanidades, que nunca ha tendido más lazos a la infancia la impiedad, que jamás ha levantado su frente el delito con mayor audacia ni desplegado vías de sirena más almidaradas, que las aguas de la corrupción lo han invadido todo, y que la juventud, semejante a la paloma, encuentra apenas, a donde poner al abrigo la blancura de sus delicados pies. ¿Quién no advierte, que la magnitud del peligro debería dar a los padres la medida de las precauciones que han de tomar para salvar a sus hijos? Pero no es así; nada se prepara de antemano, todo se libra a la ventura; y como una nave con sus aparejos y equipajes que las manos paternales debieran preparar por sí mismas, para ayudarle a arrostrar el furor de las ondas y la violencia de las tempestades, se le lanza sin precaución, sin guía, sin piloto en medio de los escollos sobre un mar barrascoso. ¡Oh padres desnaturalizados! aun suponiendo que no os quede ya la fe necesaria para percibir que sin cometer un verdadero infanticidio, no podéis exponer a vuestros hijos a que pierdan a su Dios, su alma y su felicidad eterna, ¿no tendréis por lo menos el juicio y discernimiento necesarios para conocer que si no se forman en los vivificantes hábitos de la piedad cristiana, quedarán privados de todo verdadero carácter, serán inobedientes, y su corrupción penetrará hasta la médula de los huesos?...

El carácter supone fuerza, resolución, firmeza y constancia, y cabalmente estas preciosas cualidades son las que, hablando propiamente, forman al hombre, y las que imprimen sobre toda su conducta ese brillante sello que se llama carácter. Ellas suponen, además, una idea fija, un plan basado en profundas convicciones, un bien sólido a donde tienda el corazón, para unirse a él irrevocablemente, una fuerza de voluntad, una energía moral que nada pueda contrastar. Basta esta sola definición para comprender que los hábitos religiosos son los únicos verdaderos principios generadores de la energía y de la virilidad moral. Ah! ¿y quién tendrá un grande objeto, un término de acción capaz de excitar toda la actividad de su existencia entera, sino aquel que animado de fe viva, ha meditado detenidamente sobre la necesidad de conquistar el cielo por el digno uso de la vida presente?... ¿Quién será capaz de gustar siempre y de adherirse firmemente a los grandes objetos, si no aquel que por el continuo y repetido uso de las prácticas santas del cristianismo, ha aprendido a gustar a Dios en todas las cosas, y a aspirar hacia él por las más nobles tendencias de su corazón?... ¿Quién podrá acometer y continuar con firmeza y perseverante independencia, empresas generosas, sino el joven que presente como un título, sus tres o cuatro primeros lustros exentos de toda mancha, y pasados afortunadamente bajo el imperio de una voluntad fuertemente pronunciada a favor del bien?... *Quien dice virtud, dice valor*, pero nadie es virtuoso sino a condición de perseverar: *justum et tenacem propositi virum*. Por otra parte, lo que constituye el principio de la firmeza y de la perseverancia, es la creencia en un fin sagrado, y esta es una idea descendida de lo alto; sin esto no hay patriotismo, ni religión, ni filantropía.

Para comprender mejor estas nociones fundamentales, dirigid vuestra vista sobre dos jóvenes, de las cuales el uno no haya sido formado en los hábitos religiosos, y el otro por el contrario, haya sacado de ellos toda su energía moral; el primero faltó absolutamente de esas fuertes y graves convicciones que constituyen el fondo de la razón y la madurez del carácter, muy lejos de dilatar su inteligencia bajo

el punto de vista de sus eternos destinos, no mira la vida sino bajo el respecto más accidental, como un simple espacio de tiempo, que se le ha concedido para alcanzar un bienestar temporal y una posición social más o menos honorífica; como jamás ha considerado con los ojos de la fe y de la caridad, las íntimas relaciones que existen entre la inmensidad de nuestro corazón y el bien perfecto, que es el único que puede hacerle feliz, él se afana, se atormenta y corre de ilusión en ilusión tras una vana sombra que se le escapa siempre al momento mismo que cree que ya va a asirla. Es cierto que a sus oídos se han hecho resonar pomposamente los nombres de honor, de patria, de respeto a sí mismo, y que se le han presentado los sentimientos que ellas excitan, como frutos gloriosos de una filosofía humanitaria; pero estas grandes palabras que por un instante pudieron reanimar su orgullo y su amor a la independencia, le dejan indefenso contra las pasiones y los peligros del mundo. Por esto es que no hay en él nada constante, nada continuado y su conducta carece completamente de unidad. Fluctuando siempre entre el bien y el mal, el vicio y la virtud, la verdad y el error, se decide según el capricho del momento, el interés de sus negocios, o el impulso del respeto humano. Apenas puede sostenerse en la práctica de esos deberes que constituyen al hombre de bien, según el mundo; porque deslumbrado siempre por vanos prestigios, movido siempre por nuevos objetos de afición, no tiene reglas invariables, y su misma conciencia no es a sus ojos, más que un instinto que contradicen otros instintos, una voz que se pierde entre el confuso rumor de otras mil voces.

¿Ocupa los empleos públicos? Su fe política como su fe religiosa, no brinda garantía alguna; nunca las llamas del puro patriotismo enardecerán su alma, y las mezquindades del interés personal, la sed del oro, las bajezas de la corrupción y el impulso de la opinión, ocasionarán a cada momento mudanza en sus ideas, en sus convicciones y a veces hasta en sus juramentos. ¡Ah dolor! Si existen hoy entre nosotros muchos hombres que no obran conforme a sus convicciones, que desmienten sus precedentes, y que con tanta facilidad venden su conciencia, debe atribuirse a que su educación, falta de hábitos realmente religiosos, no les puso en posesión de esos poderosos resortes con que se vencen los obstáculos, se dominan los acontecimientos, y que hacen al que los posee verdaderamente digno del título de *hombre de carácter*. Para convencerlos de esto, dirigid vuestras miradas sobre un cristiano que criado en saludable recogimiento y en el foco de la piedad cristiana, ha aprendido al propio tiempo a reglar su alma y a encontrar la *serenidad* (6) de su corazón en la *altura* de su fe, y a inspirarse en las máximas inmutables, en las miras elevadas, y en las promesas y amenazas de una autoridad formidable, los motivos que hacen el deber siempre amable, o cuando menos preferible a las pasiones e intereses del momento. Nada hay vago, nada incierto en su inteligencia; su espíritu queda fijo en el reposo de las eternas creencias, y la robusta savia que el cristianismo, alma de toda su vida, ha depositado en su seno, desenvuelve en él los más preciosos jermenes de perfección y da a todas sus facultades un vigor y un realce que es imposible desconocer. Para caminar con firme paso por la senda a donde la voz de lo alto le llama, toma la vida por su más serio lado, al punto de vista del principio divino que nos la hace reconocer como una laboriosa tarea que es preciso cumplir para obedecer al benévolo precepto de nuestro Padre supremo, como un *combate cuya palma está en los cielos*. Sus pensamientos, sus pasos, su conducta toda, tienen por móvil un solo fin, y este fin es el mismo que se propuso al criarle el árbitro supremo—la gloria de Dios, la felicidad de sus semejantes y su propia santificación. Continuamente excitado con los dulces